

## ALLENDE: EL HOMBRE Y LA OBRA

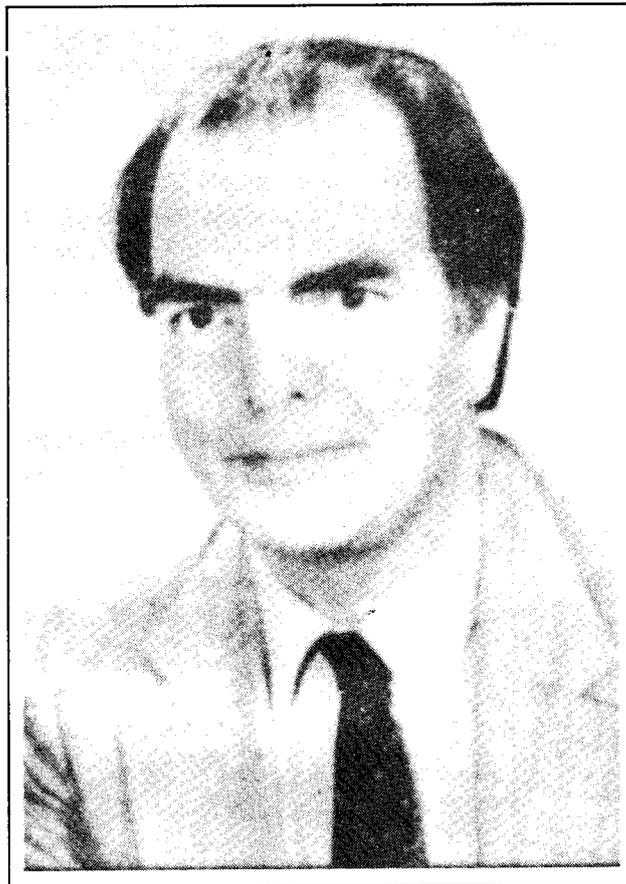
La revista *Plural*, editada por el *Instituto para el Nuevo Chile*, con sede en Rotterdam, incluyó en su número 2 de agosto-diciembre, 1983, tres entrevistas a distinguidos politólogos chilenos: Otto Boye, José Joaquín Bruner y Jorge Tapía, quienes respondieron al siguiente cuestionario:

1. ¿Hubo en la trayectoria de Salvador Allende una particular relación entre su dimensión vital como ser humano y el ejercicio de la acción política?  
¿Cuál es hoy, a diez años de su muerte, su apreciación sobre ese "estilo" y su significado?
2. Allende marcó una época del desarrollo del movimiento popular y democrático chileno. ¿Cuál es a su juicio la contribución teórica y práctica de Allende al socialismo?
3. Las peculiaridades del proyecto de Allende tuvieron resonancia mundial. También la tuvo el contenido de su política exterior. ¿Cuál es a su entender la dimensión internacional de la experiencia que Allende encabezó?
4. Si hay algún aspecto específico de la vida, pensamiento y acción de Salvador Allende, que no haya sido tocado en las preguntas o respuestas anteriores y que a Ud. le parezca necesario destacar, por favor desarróllelo.

Sus respuestas han sido recogidas en el presente volumen del *Archivo Salvador Allende* en el orden que corresponde al ordenamiento alfabético de sus autores.

## ALLENDE: SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

*Otto Boye. Co-director del Instituto para el nuevo Chile.*



### *Pregunta 1*

Creo que en todo hombre de acción, y desde luego en los políticos, existe necesariamente una relación entre esos dos aspectos. Allende no escapó a esta regla ni mucho menos. Cualquier chileno que lo observara con un mínimo de atención podía constatar cómo su acción política estaba marcada directamente por su dimensión vital que le salía por todos los poros.

A diez años de su muerte pienso que su estilo personal tuvo mucha importancia para el desarrollo de su carrera política y de las metas que él se trazó. No me cabe duda de que su gran logro político, esto es, la unidad de la izquierda que él presidió con bastante autoridad durante un lapso de tiempo, se basó en una medida muy importante en su dimensión vital, que la permitía ser flexible y, a la vez, actuar con firmeza; que lo llevaba al diálogo sin perder nunca la franqueza, y que, por último, lo conducía a exteriorizarse a través de un temperamento rico, que mezclaba la seriedad con el humor, la astucia con el mal humor, la sencillez con la solemnidad.

### *Pregunta 2*

Teórica y prácticamente su contribución máxima estuvo constituida por su intento persistente —rubricado con su muerte— de vincular en forma indisoluble su ideal socialista con la democracia. Fue ciento por ciento demócrata. Allende buscó con mucha energía estos valores. Las vacilaciones de que ha sido acusado, que producen en muchos la impresión de que se inclinaba más hacia un lado o hacia el otro, provenían a mi juicio, de las dificultades concretas que le planteaba su otra meta central que él definía como unidad de la izquierda. En coyunturas concretas fue, ciertamente, tironeado desde lados opuestos y él, en aras de la unidad, se negó a optar por uno o por otro.

### *Pregunta 3*

La dimensión internacional que Allende encabezó es múltiple y compleja. No puedo responder amplia y extensamente, pero puedo destacar algunos aspectos. Hay uno que

me tocó experimentarlo directamente en Europa, cuando llegué a vivir a Alemania Federal en agosto de 1973. Comprobé entonces —y esto se acentuó después del 11 de septiembre— que el gobierno de Allende había producido en los países occidentales de dicho continente un impacto mayor al que podía preverse. Buscando las causas llegué a la siguiente conclusión: Allende interpretó en cierta manera un sueño compartido por muchos europeos, el sueño de conciliar la democracia con el socialismo, sueño fundado en la decepción producida en ellos por los socialismos reales y en la valorización que adquirió la idea democrática después del trauma nazista y fascista que azotó a Europa. La vía chilena al socialismo fue vista como un camino posible para los pueblos del tercer mundo y también para muchos países altamente desarrollados. La socialdemocracia europea apoyó fuertemente al gobierno de Allende. Más aún, en términos concretos, el apoyo financiero a través de créditos provenientes de las democracias occidentales europeas fue

varias veces superior al flujo que provino de los países socialistas.

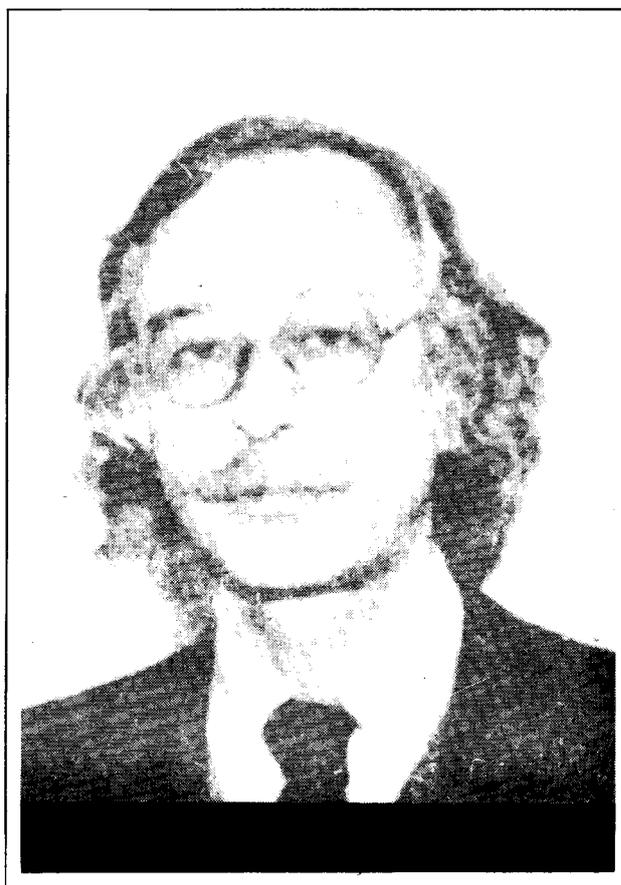
A esto hay que agregar algunas líneas de acción que insertaban al país plenamente en las realidades propias de su condición subdesarrollada. Allende mantuvo a Chile dentro del Pacto Andino con decisión firme. Tendió también a situarlo en la posición de los No-Alineados, procurando ser una expresión tercermundista que planteaba a los países altamente industrializados de la tierra, capitalistas o socialistas, los problemas específicos que lo aquejaban como tal. Chile, a pesar de vivir bajo Allende una experiencia polémica como pocas, no conoció el aislamiento internacional.

La especificidad de su experimento político-social le daba, por último, una dimensión internacional casi única. Chile no se pareció nunca a Cuba, por ejemplo. O a Yugoslavia. Y menos todavía a Checoslovaquia, Bulgaria o a la Unión Soviética. Pienso que esto le dio una capacidad de maniobra bastante grande, mayor en cualquier caso a la que habría tenido si hubiese carecido de perfiles.



## ALLENDE SOCIALISMO DEMOCRATICO

*José Joaquín Bruner. Sociólogo, actual director de FLACSO, uno de los principales ideólogos de la renovación socialista en Chile.*



### *Pregunta 1*

Muchas veces escuchamos decir que la política no la hacen los grandes hombres. Lo que es, por lo demás, evidente. Pero, no es acaso igualmente cierto que la política crea entre los hombres algunas dimensiones por lo menos de la grandeza? Sólo unos pocos lograrán, en los momentos decisivos de la historia de un país o de una época, interpretar el sentido de su tiempo y podrán, además encarnarlo en la acción colectiva. Quién pueda desentrañar los signos de su tiempo y leer por eso con inteligencia la historia aspirará a ejercer su influencia en el movimiento de las ideas, como un profeta o un intelectual. El dirigente político necesita mucho más: debe impulsar sus ideas en medio de muchos; debe organizarlas colectivamente; debe convertirlas en pasión y en sentido común y en disposición para la acción.

En un momento de tan profunda confrontación como el que vivimos en nuestra patria, separados como nos encontramos por la lucha, con la historia reciente que nos pesa demasiado con su secuela terrible, resulta difícil hacer un juicio justo y persuasivo de la figura del Presidente Allende. Y es, sin embargo, tan decisivo hacer ese juicio. Situar a

Allende otra vez entre nosotros ya no es meramente un ejercicio nostálgico. Es un trabajo con nuestra propia historia; personal y colectiva; es un modo, por lo mismo, de recuperar la memoria nacional; es dimensionar, sobre todo, el futuro a que aspiramos y que vamos a construir.

Y, claro está, Salvador Allende fue —en la dimensión de nuestra historia nacional moderna— un gran hombre; nuestro más importante dirigente político. Pero, ¿cómo sostener esa afirmación, aparentemente militante y nada más, contra el fondo de la derrota y sus consecuencias inexorables? Pues el juicio que nos debemos exigir no puede eludir los hechos de la historia. No si desea recuperar para el país el sentido de su futuro y clasificar las razones de su pasado. Que es entre esos dos momentos que nos movemos hacia la emancipación nacional y la reconstrucción democrática de la sociedad.

En estas condiciones resulta inapropiado, por empobrecedor, hablar de un estilo y de su significado. El presidente Allende, en efecto, recogió de la sociedad chilena en pleno proceso de modernización el sentido más importante de su desarrollo, cual era la alternativa de su profundización democrática. Puso, pues, el socialismo, en su especificidad

nacional, como una maduración y extensión de la democracia. Entendió así defender la continuidad de un proceso de varias décadas de luchas sociales y la posibilidad de introducir una ruptura para la profundización de la democracia, que justamente requería una nueva organización de la economía; nuevas bases sociales de participación y movilización y nuevas condiciones de conciencia y aprendizaje colectivos. Pienso que tal fue su pasión y que por esos ideales luchó hasta la muerte, cuando llegó la hora de poner — política y personalmente— la vida frente a la muerte.

## *Pregunta 2*

La derrota del 73 expresó en su momento más dramático las limitaciones de la izquierda chilena y del conjunto de sus partidos y dirigentes. De algún modo, el proyecto histórico de esa izquierda, su voluntad de construir una sociedad que por la profundidad de su democracia accedía a las formas socialistas de organización del trabajo, desbordó políticamente a las fuerzas que lo sostenían y a los hombres que lo dirigían.

Pero esa perspectiva de construcción histórica, ese modo de concebir el socialismo como plenitud de la democracia, esa forma de organizar unas ideas de emancipación social a través de partidos diversos y de la activa movilización popular, todo eso permanece como el legado más importante del Presidente Allende para nuestra historia y nuestra cultura política.

Es evidente que esas ideas no tuvieron, ni tienen probablemente todavía, el desarrollo teórico que requieren. Una vieja tradición dogmática y de raíz sectaria en la izquierda chilena, una relación mimética y floja con las ideas y con el trabajo intelectual, han resultado en esa insuficiencia teórica. En este sentido es que puede decirse, rigurosamente, que el diseño de la Unidad Popular, su concepción incluso de la revolución chilena, fueron siempre por delan-

te de nuestra capacidad de reflexión y de nuestra conciencia política. Mientras ésta y aquella permanecían fijadas en los debates etéreos y en las consignas fáciles, la experiencia del Gobierno Popular, de sus partidos, pero sobre todo de los hombres y mujeres que se identificaban con ese proyecto socialista y democrático, reclamaban una originalidad y una sensibilidad que sólo unos pocos tuvieron. Pienso que el presidente Allende miró en ese sentido más lejos y más profundo que las dirigencias políticas que los acompañaron. Mil hechos cotidianos de la historia, que conocemos demasiado bien aunque no siempre existan las condiciones para debatirlos tranquilamente, hicieron imposible que fuera finalmente la percepción, el pensamiento y el lenguaje del presidente Allende los que decidieran los cursos de acción y la historia.

A esta altura, cuando se han abierto otra vez perspectivas reales de poner fin a la experiencia autoritaria de estos últimos diez años, adquiere el mayor sentido político y cultural recuperar esas inspiraciones básicas del presidente Allende y su concepción de un socialismo basado en la unidad de las mayorías, en el pluralismo político y en la profundización de la democracia. En el hecho, en ese legado teórico y práctico reside la fuerza más significativa de la izquierda chilena, independientemente, por ahora, de las formas de organización que ella adopte. Más aún, me parece que la recomposición del campo socialista chileno en torno a una poderosa corriente histórica de renovación que pueda recoger los variados aportes surgidos de las luchas de estas últimas décadas, funda su trabazón con el pasado y se proyecta hacia adelante recogiendo y enriqueciendo el legado del presidente Allende.

## *Pregunta 3*

El pensamiento y la acción del presidente Allende, pero sobre todo su modo de construir una alternativa socialista en

“La vida y la muerte de Salvador Allende fueron testimonio de ese proyecto que ha significado el momento más radial de capacidad creativa en la historia moderna de Chile. Camino de una proporción significativa del pueblo chileno, su recorrido consistente pudo significar la construcción de una alternativa que habría cambiado la vida de los chilenos y asegurado un futuro estable para la democracia, profundizando sus posibilidades como todavía no se ha hecho en el mundo. Esa tarea, en nuevas condiciones, pero con la enorme experiencia de nuestra historia —y también de nuestra derrota— nos pertenece”.

Chile a lo largo de varias décadas de intensa lucha política, social y cultural, tuvieron ciertamente significación más allá de las fronteras nacionales. Surgida en un momento de profundas conmociones de América Latina y el mundo, y en medio de un período de intensas transformaciones en el plano ideal y cultural, la alternativa chilena del socialismo democrático representó en el mundo un signo de renovación y esperanza. Frente a los caminos populistas que conducían sencillamente a puntos muertos de la historia si no a reacciones autoritarias, y frente a la doble ilusión de un socialdemocratismo sin capacidad transformadora en nuestros países o un socialismo real sin perspectivas de democracia política, la alternativa del camino chileno hacia el socialismo abrió un nuevo horizonte y movilizó la conciencia de muchos alrededor del mundo. La derrota del 73 representó por lo mismo un hecho internacional. La solidaridad con el pueblo de Chile, y su voluntad sostenida a lo largo de todos estos años por miles y miles en tantos países, expresan justamente la reacción frente a esa derrota, que busca arrastrar tras de sí las esperanzas en el socialismo libertario y en la viabilidad de la democracia como la organización de un pueblo para construir su historia.

Creo que es importante no equivocarse en esto. La experiencia autoritaria que hemos vivido no sólo se enfila contra las posibilidades y los motivos del socialismo, sino que a la vez se vuelve contra la democracia y busca destruir en la sociedad sus bases intelectuales, morales y sociales. Por eso precisamente se trata de una experiencia tan radicalmente regresiva y por eso, otra vez, pone en tensión la conciencia civilizada y la solidaridad de tantos hombres y mujeres, movimientos y organizaciones, iglesias, partidos, intelectuales y artistas alrededor del mundo.

Señales firmes, en fin que la experiencia del gobierno del presidente Allende encontraba en muchos lugares significación, puesto que se abría sobre el fondo de una crisis del pensamiento de izquierdas, a la vez que reforzaba las tendencias democráticas en el mundo, estableciéndose en medio de él con autonomía de los bloques de poder y de su incesante lucha por extender su hegemonía ideológica.

Claro, no se trata de pasar por alto, tampoco en este caso, las tensiones y las limitaciones que tuvo este proyecto renovador: no pudo dejar de ser, por las condiciones de la época y por la composición política de su diseño, tributario de una variedad de influencias que a ratos desdibujaron su perfil. Sobre todo, la vinculación de ese proyecto con las bases culturales de América Latina; su sentido en el desarrollo de una nueva tendencia mundial de encuentro entre las

masas y la democracia; y la independencia de su propuesta socialista incluso frente a la experiencia cubana, nada de lo cual restaba a una activa solidaridad con esa revolución y a la construcción de unas relaciones independientes de beneficio nacional con los bloques, digo que esos elementos, por lo menos, experimentaron con el tiempo un relativo desdibujamiento y con ello se debilitaron.

#### *Pregunta 4*

La vida y la muerte de Salvador Allende fueron testimonio de ese proyecto que ha significado el momento más radical de capacidad creativa en la historia moderna de Chile. Camino de una proporción significativa del pueblo chileno, su recorrido consistente pudo significar la construcción de una alternativa que habría cambiado la vida de los chilenos y asegurado un futuro estable para la democracia, profundizando sus posibilidades como todavía no se ha hecho en el mundo. Esa tarea, en nuevas condiciones, pero con la enorme experiencia de nuestra historia y también de nuestra derrota nos pertenece.

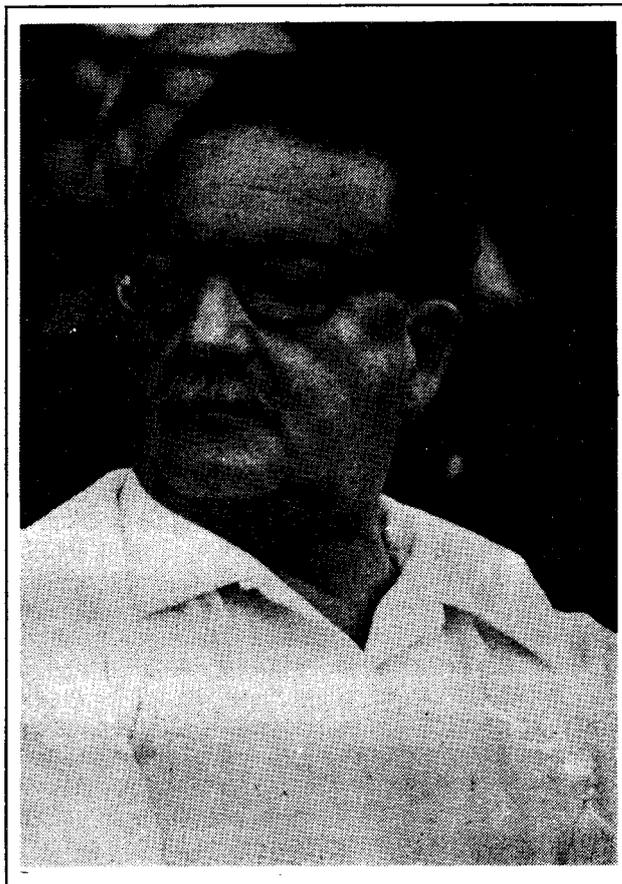
Creo entender de la vida del Presidente Allende, y de su largo recorrido como dirigente y como hombre público, que esa tarea sólo es posible concitando la voluntad poderosa de una mayoría. Reunificando al pueblo con la democracia, única alternativa posible, en Chile, para avanzar hacia una experiencia radical de libertad y de igualdad. Levantando hoy una alternativa socialista, renovada en sus bases teóricas y organizacionales, que aspire a la identidad de la nación en torno a un nuevo eje de integración popular. Avanzando en la transformación de la cultura nacional para hacer posible una nueva combinación de sus factores concurrentes, que dé paso a una hegemonía democrática y socialista.

Creo haber entendido de la vida de Salvador Allende que la construcción de una alternativa tal tiene eficacia solamente en la medida que ella es asumida como una tarea de organización social; de educación política; de aprendizaje colectivo ejercido no autoritariamente por medio de los partidos sino, junto con éstos por un amplio movimiento popular dispuesto a construir su unidad en la diversidad.

Creo, por último, que la muerte del presidente Allende nos enseña a todos que las propias convicciones y los ideales propios tienen la dimensión de la vida, y merecen por lo mismo llevarse con generosidad y tolerancia.

## ALLENDE: LOS MEDIOS Y LOS FINES

*Jorge Tapia Valdés. Abogado. Catedrático universitario. Fue Ministro de Justicia y de Educación en el gobierno del Presidente Allende. Autor de libros y artículos.*



### *Pregunta 1*

A fin de darle un tono más “documental” a mi respuesta, comienzo con una anécdota. Antes de asumir el Ministerio de Justicia y ya al fin de una larga conversación con Salvador Allende, me pareció oportuno advertirle que, tanto por mi manera de vivir —que muchos calificarían de “aburguesada”— cuanto por mis puntos de vista respecto a la naturaleza y conducción del proceso, era previsible que recibiera fuertes críticas del seno de la misma izquierda. En tal evento, agregué, quiero que sepa que mantendré mi estilo de vida y mis opiniones y que ello puede provocar fricciones. La respuesta de Allende fue un retrato de su personalidad: “No se preocupe Ministro. Eso sólo significa que seremos dos los criticados por los mismos razones”. Para Allende, amante de la vida y sus cosas hermosas, dotado de una gran capacidad de emoción estética y de sentido del humor, hombre seguro de sí mismo que jamás percibió el socialismo y la revolución como escape freudiano para amargados o frustrados, el “vivir bien” nunca mediatizó sus aspiraciones sociales, sino que, por el contrario, actuó como una fuente de impulsos creativos. Allende llega al socialismo no por

necesidad y evidencia material, sino por necesidad intelectual e impulso idealista de encontrar una racionalización científica del proceso social que tuviere, a la vez, capacidad transformadora del mismo para hacerlo más justo.

De prosapia burguesa e idealista, se convierte no obstante en el más importante luchador social y líder popular de Chile, en términos tales que, sin caer en mistificaciones, podemos afirmar que la estatura histórica internacional de su figura reduce al ridículo los enconados ataques que otrora le hicieran la reacción y el ultricismo. Sus condiciones como conductor de masas se ligan de manera importante a lo que hemos denominando aquí “su estilo político”. En este sentido, “allendismo” significa la voluntad de usar, en la consecución de un proyecto socialista democrático, medios que por su naturaleza son conducentes a los fines perseguidos.

Algún día dijo Allende, retórica y sentimentalmente, que todo cuanto él era se lo debía a su partido. Sin perjuicio que su partido y la izquierda reconocerían con justicia, que la situación es más bien la inversa, nos parece que existen además otras razones y causas de sus actitudes y conductas políticas.

La primera es su entronque con los hombres de la “Generación del 20”, y con su trasfondo anarco-marxista-positivista. Como Eugenio González lo dijo: “Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres”.

A partir de ese periodo, los actos importantes de su vida aparecen marcados por un equilibrado balance entre sus convicciones personales y las de aquellos de sus camaradas que hacen un análisis y aplicación generalmente menos realista y más reduccionista de la teoría revolucionaria. Creo que ello le permitió ser leal a sí mismo, a su Partido, y a la causa popular, y que allí se encuentra el origen de la consistencia entre sus opiniones y sus acciones políticas. Pero mientras el periodo juvenil lo define como revolucionario, dos experiencias posteriores influyen en el desarrollo de lo que serían su integral personalidad y estilo políticos: su afiliación a la Masonería y su participación en el parlamento.

Dijo Allende: “En el debate público taladré mi personalidad, respetando al adversario, pero reclamando el derecho — que nunca se me negó— para exponer con claridad mis pensamientos y mis principios”. El contexto y contenido de esta frase la refiere principalmente a sus 27 años en el Congreso Nacional. Consciente de las limitaciones, pero también de las posibilidades que para la lucha popular presentaba un parlamento de típico corte liberal, desempeñó su cargo de parlamentario —como todos los que sirvió— con dedicación, seriedad y responsabilidad. Respetuoso de los formalismos y tradiciones del Parlamento, no se dejó atrapar, sin embargo, por complejos y prejuicios que limitaran su personalismo o sus acciones. La Masonería —la de entonces—, influyó sin duda en su disposición antidogmática, relativista, alejada de todo sectarismo fanático y mesianismo. La suma de estas influencias se trasunta en su capacidad para usar el diálogo y adaptarse a la concurrencia o pluralidad de opiniones como mecanismo de decisión democrática. En ambas instituciones encuentra motivos para convencerse que las instituciones no son buenas o malas en sí, sino en función del tipo y motivaciones de sus integrantes. Aquí se encuentra también, probablemente, el germen de sus debilidades como conductor: carencia de sentido ejecutivo, derivado de un casi exceso de “democratismo parlamentarista” — que naufragó frente a las discrepancias dentro de la UP—, y una suerte de “sentimentalismo” que le impidió pasar más allá de la crítica fraternal cuando debió adoptar contra-medidas políticas respecto de las actividades de algunos de sus camaradas, amigos o parientes.

Sin ser un teórico, estuvo siempre intelectualmente dotado para unir teoría y práctica. En este sentido, él se transforma en un “profesional” de la política, como resultado de su clara comprensión de la importancia de la función y del

político. El respeta la política y se auto-respeta como político actuando con responsabilidad, método, información, y al margen de toda demagogia. Cuando sus discursos se tornan aburridos, lo es porque recurre a cifras, estadísticas, hechos concretos, como fundamentos empíricos de sus afirmaciones. Había en él gran consideración por el científico y técnico, cuya colaboración buscaba. De allí su constante mensaje a los jóvenes y estudiantes, para que no se extraviaran en el verbalismo revolucionario y se dedicaran con celo a obtener una formación que pudiera efectivamente servir al pueblo. Pese a esta característica, su lenguaje de orador popular era sencillo, claro, directo y no exento de emoción estética. Por eso encantaba a las masas, que lo aceptaban como su educador porque no sólo percibían la hermosura de la frase, sino la información, orientación y guía que de ellas emanaban. En actitud de educador, no rehuyó la crítica de aquellos sectores de débil moralidad laboral o directiva, haciendo claro que un pueblo que reclama sus derechos debe estar dispuesto a cumplir sus obligaciones, y que por tanto no hay disculpa para el ausentismo laboral, para “aristocracias obreras”, para el burocratismo sindical. Le gustaba usar la anónima frase juvenil francesa: “La revolución se hace primero en las personas y después en las cosas.”

Su vocación democrática no melló ni sus metas revolucionarias ni opacó su percepción de los peligros envueltos en la vía elegida. Nadie podría acusarlo de político ingenuo. Estuvo más alerta y más consciente que nadie frente a la forma y naturaleza fascista de la dictadura que podría reemplazar a su gobierno, si los intentos sediciosos de los sectores heridos por los cambios prevalecían. Muchas veces advirtió —para disuadir a los causantes de provocaciones irresponsables o decisiones antinaturales— que a él sólo lo sacarían de La Moneda acribillado a balazos, pero que él entregaría el cargo a quien ganara la próxima elección presidencial, quienquiera que fuera, si la izquierda era incapaz de mantenerse en el poder. Hubo en él una clara, profunda y dolorosa comprensión de que allí estaba en juego no sólo el socialismo, sino la democracia. Hay, así, un halo de tragedia griega en este hombre que con profunda sinceridad ofreció la vía democrática y no violenta para engrandecer la patria, y que murió defendiendo la democracia con la metralla en las manos y el optimismo en los labios.

### *Pregunta 2*

Tengo la convicción que, pese a que no fue un teórico del socialismo, Allende esclareció con su práctica política importantes aspectos y develó los más serios problemas del socialismo democrático, dándole al mismo más viabilidad a futuro.

*“En Allende alumbra una concepción de la viabilidad democrática del socialismo no de mero fundamento táctico, sino estratégico.”*



Hacer un rescate, siquiera esquemático, de su contribución tiene actualidad e importancia, porque la necesidad y la viabilidad de la vía democrática al socialismo continúa siendo una cuestión acuciantes, tanto en las sociedades democráticas desarrolladas, cuanto en las naciones jóvenes que volverán a la democracia en los próximos años.

Fiel a su partido, procuró no entrar en conflicto con sus declaraciones de principios; pero inexorablemente aflora en sus escritos y discursos una concepción personal, nítidamente democrática y muy chilena, y que coloca a Allende en la línea de los grandes precursores y creadores del pensamiento socialista democrático nacional; como Aracos, Lastarria, Balmaceda, Valentín Letelier, Eugenio González y Aguirre Cerda. Aunque menciona —no muchas veces— con respeto a Lenin, no es su hábito invocar el marxismo-leninismo, ni aun después que el Partido Socialista se define como tal. Cuando menciona a Lenin en su conocido artículo sobre el socialismo chileno, lo es a propósito de su aporte a la comprensión de la naturaleza y rol del Estado liberal-burgués, del Estado socialista y de la dictadura del proletariado.

Pero Allende, a quien no le gustaba tipo alguno de dictadura ni la ortodoxia marxista —expresó alguna vez que prefería romper la ortodoxia que dejar de avanzar hacia el socialismo— se apresura en su artículo a centrar su atención en la esencia del socialismo. Su respuesta categórica y reiterada se refiere a la naturaleza libertaria, humanitaria, igualitaria y democrática del mismo. En párrafos posteriores, junto con advertir los peligros de la aplicación mecanicista de las tácticas seguidas en otros lugares, tiempos y realidades, anticipa a grandes rasgos la médula de lo que sería luego el programa de la UP y su propia política de gobierno. Mis conversaciones con él y la lectura atenta de sus discursos y actuaciones en el período 1953-1973, son la base de mi opinión respecto a cuál fue su aporte teórico y práctico al socialismo, que me atrevo a sintetizar en los siguientes puntos:

1. Carácter patriótico del proyecto socialista, en el sentido que dicho proyecto, al revés de lo preconizado por algunos pseudoteóricos de izquierda, entronca directamente con la obra libertadora de nuestros grandes héroes: O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Pinto, Balmace-

da, etc. Como Allende lo expresa, “somos los herederos legítimos de los Padres de la Patria”, llamados a realizar la segunda independencia: la independencia económica.

2. Carácter nacional del proyecto socialista, en cuanto es un proyecto de la clase trabajadora para toda la nación y su pueblo. El propósito es construir una patria más grande y generosa para todos los chilenos, sin exclusiones. En otras palabras, no es un proyecto de una clase social para ella misma exclusivamente.

3. Carácter democrático del proyecto socialista, lo que supone —dado un contexto previo de tipo democrático— la renuncia a la vía armada, y a la dictadura del proletariado, y su sustitución por la vigencia del pluralismo, el principio mayoritario y el Estado de Derecho. En Allende alumbra una concepción de la viabilidad democrática del socialismo no de mero fundamento táctico, sino estratégico. En la medida en que se dispone de una democracia sólidamente aceptada y adecuadamente comprendida, estamos en un sistema que ni es de por sí funcional al capitalismo —tal vez al contrario— ni es concepción graciosa de sus más iluminados sectores. En la medida que se trata de una “socialización del poder político”, ha sido históricamente el resultado de largas y no siempre incruentas luchas de los trabajadores y sus organizaciones. Por ello, mientras la fe de la burguesía en la democracia adquiere un carácter coyuntural y contingente la de los trabajadores puede ser permanente, supuesto que mecanismos básicos de participación e información permiten que sean las mayorías las que efectivamente determinen qué es justo y conveniente.

A este respecto, es hoy clara la absurdidad de la tesis que preconizaba el uso “resquicial” o “intersticial” de la legalidad burguesa, en la medida que no reparaba que la legislación política y social de los últimos 50 años estaba marcada por orientaciones socializantes y avalada por la participación en gran parte de ella de los representantes de los trabajadores. Por esa misma razón, el uso de esa legislación para fines del proceso de transición no era un “abuso del derecho” sino una legítima aplicación extensiva del espíritu de la legislación chilena. Naturalmente la otra condición para la utilización de

la vía legal en forma ventajosa supone una política de maximización de las fuerzas de apoyo al gobierno que permita disponer, en el momento en que la moral de las fuerzas de oposición es más baja, de una correlación de fuerzas positiva.

4. Carácter gradual y transicional del proyecto socialista. Su convicción es que el socialismo no se impone por decreto, sino que se trata de un proceso social de transformación de las viejas estructuras hecho posible merced a una adecuada sincronización de los cambios económicos y político-institucionales. Mientras la gradualidad supone avanzar paso a paso—tanto por tratarse de un proceso cuanto porque la vía utilizada es la legal y sus procedimientos—, la característica transicional denota la voluntad de pasar del modo capitalista de producción a otro en que esté garantizado el control social del producto social y la racionalización de la economía, en términos de eficacia productiva, justicia distributiva y posibilidades de desarrollo. A este respecto, Allende critica constantemente el infantil esquematismo de izquierda y niega validez a las pretensiones de ciertos sectores apenas “alfabetizados” en marxismo, que pretenden dar al proceso una dirección táctica y estratégica distintas.
5. Carácter pluri-clasista del proyecto socialista y de las fuerzas en que se sustenta. Sin perjuicio de reconocer el papel directivo que la clase trabajadora debe jugar, la noción misma de ésta es ampliada para dar cabida en ella a otros sectores, en función de su modo de inserción en el aparato productivo. Quedan comprendidos allí no sólo los obreros y campesinos, sino los empleados, los intelectuales, profesionales, técnicos, estudiantes, pequeños propietarios y empresarios de la industria, el comercio o la agricultura. Allende señala muchas veces que hasta sectores de la mediana empresa en general, por la asimetría de sus relaciones con la gran empresa en general, pueden ser al menos aliados de las clases trabajadoras.
6. Utilización, y aun reforzamiento de la institucionalidad estatal mediante instancias de participación popular, para llevar adelante las transformaciones estructurales de inspiración socialista. Para Allende, bajo el gobierno popular el pueblo está en el estado. Este, en lugar de ser destruido, debe ser por tanto perfeccionado, haciéndolo más eficiente, moderno, justo y revolucionario. En vez de debilitarlo mediante la creación de poderes paralelos de pretendido origen popular, debe ser democratizado, y sus instituciones adaptadas, teniendo presente que no es posible superar estructuras o instituciones preexistentes sin antes haber desarrollado mínimamente las de reemplazo.

La concepción de Allende sobre socialismo democrático parte del supuesto, no negado en la práctica chilena, que es posible la conquista democrática del poder. Los dos problemas que quedan vigentes son los de la posibilidad real de llevar adelante el programa socialista y el de la conservación del poder. Mientras la respuesta a la primera de estas cuestiones depende en parte importante de la táctica seguida por las fuerzas populares—no es fácil convencer al enemigo que se rinda cuando es mayoría— su solución y la de la cuestión de cómo conservar el poder democrático, están ligadas a la respuesta que pueda darse a los cuatro grandes problemas que la práctica del gobierno de Allende permitió identificar con nitidez y que aquí simplemente enunciamos: democratización de las fuerzas armadas, democratización de los medios de comunicación, real independencia del poder judicial y neutralización de la intervención política y económica de potencias extranjeras y de las transnacionales.

### *Pregunta 3*

Para nadie es un misterio que el gran interés despertado a nivel mundial por el modelo que Allende preconizó, es su característica de alternativa frente al modelo soviético de construcción del socialismo y a su suave variante latina, el modelo cubano. Los elementos del modelo socialista democrático que tienen directa incidencia en el plano de la política internacional son su énfasis en la vigencia irrestricta del deber de no intervención, del derecho de autodeterminación de los pueblos, y del derecho de las naciones a disponer de sus recursos naturales y a nacionalizar las empresas extranjeras que los explotan. Todos estos derechos fueron llegados en la práctica por el imperialismo, mientras el desarrollo del país y su transformación se vio dificultada por la condición estructural de dependencia.

Para vencer estos obstáculos, aparte la comprensión, interés y solidaridad del mundo internacional de pensamiento libre, Allende necesitaba el apoyo de su propio pueblo. Por distintas razones, eso no se concretó. Allende prometió al pueblo cumplir un programa y prometió al país cumplir con la constitución. El cumplió, pero Chile no supo hacer su parte. Creo que la opinión mundial lo entendió así. Por eso el nombre de Allende está esparcido por el mundo en alamedas y avenidas, universidades, escuelas y libros, plazas y parques, monumentos y barcos. Por eso, y como lo cuenta un amigo, cuando en la sierra mexicana se le pregunta a algún caminante a qué pueblo va, a veces contesta: “Voy para Salvador Allende”.

